

El largo viaje hacia Isla Gorriti

—No es un cuento de Morosoli—

«En el café había un solo hombre, sentado al lado de la puerta, desconocido para Rataplán, lo que quiere decir que no era del pueblo.

-Buen Día - dijo aquél al entrar.

-Bueno -respondió el otro, y acercó una silla al recién llegado como si le conociera o estuviera esperándole y, tras un silencio, agregó:

-¿Madrugó, eh?

-Sí -respondió Rataplán-, estamos de viaje a la playa.

-¿A qué playa?

-¿Hay más de una?

-¡Uf!... Muchísimas. ¿No conoce el mapa?

-No señor, no lo conozco...

-Pues playas hay muchísimas...

-Habría. A nosotros nos lleva Rodríguez. ¿No ve que nunca hemos visto el mar?»

Juan José Morosoli - El viaje hacia el mar

La idea del viaje se fue gestando de a poco, con paciencia. Como quien espera el leudar de la masa en una lluviosa tarde de tortas fritas, o como quien observa crecer el retoño del árbol más nuevo del jardín. No había apuro. Anselmo esperaba la oportunidad desde hacía más de cuarenta años. Él, que había viajado por el mundo, que los Estados Unidos le había quedado chico, que Europa se había regocijado con su presencia, era el más paciente. Nunca había tenido la oportunidad de visitar la isla, por más que aquel pedacito de tierra quedara a poco más de dos kilómetros de la costa; nunca había pisado sus arenas, ni había disfrutado de la generosa sombra que desinteresadamente le brindaba la apretada vegetación isleña.

En una de las habituales reuniones de los jóvenes integrantes de la logia “Jubilados al Cuete”, como se habían autodenominado hace un tiempo, Anselmo lanzó como al descuido la idea.

—Y la próxima la hacemos en la Isla Gorriti.

—¿Te parece? —se oyó decir a alguien, que no estaba muy convencido con la idea.

—Y ¿Por qué no? Nos embarcamos en Punta del Este, llevamos la comida y hacemos “Turismo Aventura”.

—¡Muy buena idea! —comentó Jorge, un lugareño con mucho conocimiento del lugar.

—De acuerdo. Me parece genial. Yo llevo el chanco, y algunas tortugas para acompañar —terció Fernando.

Y así se fueron armando, de a poco, los planes y los preparativos del que sería un inolvidable viaje.

Carlos se volvió experto en la lectura de partes meteorológicos, Jorge, lugareño conocedor de la naturaleza del lugar, aconsejaba sobre la mejor forma de encarar la aventura, Anselmo, firme entusiasta, experto en su juventud en diseño e implementación de sistemas informáticos, se encargó de confeccionar la lista de elementos imprescindibles para acometer la aventura. Como preparándose para incursionar en la selva amazónica, el grupo determinó que cosas no deberían faltar en sus mochilas: Papel higiénico, pantallas solares, repelentes, pastilleros con grageas de colores, de esas que recetan los médicos, teléfono y cargador, seguramente para inaugurar el juego “busque su propio enchufe”, y otros elementos que hicieran posible la aventura.

Finalmente fueron cinco los intrépidos aventureros que se alistaron para la ocasión. Fernando y Jorge, los lugareños, desplegados estratégicamente en terreno conocido, Anselmo y Esteban, partiendo al encuentro de los primeros desde la capital, y Carlos, quien fue designado de común acuerdo como el “Encargado de Movilidad Horizontal”, es decir, el conductor del vehículo que los llevaría al puerto, entrada al mágico mundo de la navegación, reservado solamente para los más aventureros más corajudos.

Y se prepararon desde muy temprano. Carlos verificó con parsimonia los consumibles del vehículo, el nivel del aceite del motor, la cantidad adecuada de combustible, la presión de los neumáticos y el estado general del coche, cosa de evitar cualquier improvisación. También se encargó de parametrizar correctamente los valores del GPS, con el recorrido necesario para llegar con suficiente antelación a la anhelada etapa del viaje por el mar. Luego, como siguiendo una rutina, se encaminó raudamente hacia la Ciudad Vieja, donde lo esperaba ansiosamente Anselmo, despierto desde mucho antes de las seis de la mañana. A continuación, el dúo pasaría a buscar a Esteban, despierto tal vez desde mucho antes, aunque no lo confesó.

—Hola Esteban. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¡pum para arriba!, pronto para la aventura. ¡Salgamos ya!

—¿Y así nomás, sin mochila ni bolso?

—Pah!! Menos mal que me hiciste acordar. Esperame un rato que la voy a buscar.

Siguiendo al pie de la letra las instrucciones del GPS, se inició la primera parte de la aventura. Unas diez cuadras después de la salida con la tripulación completa, Carlos se sobresaltó con un fuerte bocinazo. Convencido de que no había cometido ninguna infracción de tránsito ni ninguna maniobra imprudente, paseó su mirada por los espejos retrovisores y por las ventanillas del coche, sin observar problema alguno. Ningún conductor iracundo le enrostraba una mala maniobra, parecía que no había ningún vehículo cerca de la trayectoria del bolido aventurero.

La conversación giró sobre determinados temas muy amenos, recuerdos, chistes tan viejos que los habían olvidado y les sonaban como nuevos, filosofía. Ya en Avenida Italia, otro bocinazo y la misma inquietud del chofer que no alcanzaba a comprender el porqué de tan furiosa arremetida de los coches y unidades de transporte capitalino en su querer abrirse paso haciendo uso exagerado de la bocina. Igual que en la vez anterior, Carlos no pudo darse cuenta de cuál era el vehículo que exigía paso o recriminaba una mala maniobra. No habían pasado ni una veintena de cuadras, cuando un tercer bocinazo suena estridente en el habitáculo del coche. Una mirada por el espejo retrovisor sirvió para determinar que el origen de tal estridencia era la alerta que Esteban había programado en su teléfono, y que sonaba tipo bocina de camión cada vez que le llegaba un mensaje de WhatsApp.

En el peaje Solis, el grupo hizo una parada técnica, con la visita obligada a las instalaciones higiénicas del local.

—Pase nomás —le dijo una simpática funcionaria de la empresa. Anselmo la miró desconfiado, avanzó hacia el gabinete y se detuvo súbitamente al ver el cartel que indicaba que era un baño para damas. Retrocedió e inquirió con la mirada a la funcionaria.

—Pase —volvió a sonreírle la funcionaria.

—¡Será la primera vez! —dijo resignado.

Anselmo hablaba y recordaba sus aventuras juveniles por la Vascongada, mientras Esteban hacía de cameraman oficial del grupo, filmando el bello paisaje de las serranías del Departamento de Maldonado. De tal manera que, cuando compartió el segmento filmado con el grupo de WhatsApp, todos se enteraron de los detalles, aventuras y pormenores pasados por Anselmo y sus compañeros de farra por el tan renombrado comercio del Montevideo que ya no existe.

Y en la mitad del viaje, y tras un bocinazo al que Carlos ya se había acostumbrado, llega la nefasta noticia. “La lancha no sale hoy. Mar crecido y vientos fuertes impiden la partida” La desazón cundió en todos los aventureros. Jorge, encargado de la logística local, fue el responsable de contactar con la empresa de lanchas, y de transmitir la mala nueva a los intrépidos viajeros.

Ante el inconveniente, decidieron continuar con el viaje. No los iba a detener un viento huracanado de 39 K/h, ni una ola de 30 cm. de altura. Irían al domicilio de Jorge, darían cuenta de sus provisiones, ya no en la naturaleza desnuda de la Isla Gorriti, sino sentados cómodamente en el parrillero de un lujoso edificio en Punta del Este. En lugar de batallar contra las inclemencias del tiempo, cerraron herméticamente las puertas y ventanas para que no entrara ni una brisa, y observaron la maravilla del oleaje rompiendo contra la playa a través de los vidrios. Esto no fue ningún obstáculo para que un grupo de veteranos pasaran un día inolvidable, donde la amistad primó por sobre todas las cosas.